

definitorio y final de la modernidad. No imaginó el sociólogo alemán la brusca irrupción de fundamentalismos religiosos y seculares que pretenden poner fin al racionalismo, a las libres manifestaciones de la vitalidad individual y al holgado tráfico de las ideas. Israel no aborda esta reciente etapa de la antiilustración.

Como cualquier obra de amplia envergadura, y pese a los sofisticados métodos de la tipografía, el texto no está libre de alguna negligencia (por ejemplo, en la pág. 244). Sin embargo, las láminas que retratan personajes y textos añaden riqueza a la lectura y compensan cualquier descuido.

Obra monumental y espléndida que cabe estudiar selectivamente, conforme a los intereses particulares del lector, y sólo después de haber asimilado la sistemática y clásica indagatoria de Peter Gay sobre la Ilustración (1977). Y en lo que respecta a Spinoza, protagonista central de este libro, sugeriría solicitar ayuda a D. Garret (ed.), *The Cambridge Companion to Spinoza*, Cambridge, 1996.

JOSEPH HODARA

LAYNA MOSLEY, *Global Capital and National Governments*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, 379 pp.

El futuro del Estado-nación como agente político y económico es una de las cuestiones centrales que subyacen en la ansiedad –tanto académica como social– que caracteriza al agitado debate sobre la globalización económica. Desafortunadamente, la explosión editorial en torno a este tema está plagada de fraseos lapidarios, pobreza conceptual y un tono premonitorio que politizan el tema tanto como lo oscurecen. En este contexto, el libro de Mosley será bien recibido, no tanto por la originalidad de sus conclusiones, sino por la profundidad analítica y la creatividad que lo distingue. Esta combinación culmina –como resultan siempre las buenas ideas– en afirmaciones claras y explicaciones intuitivamente convincentes.

*Global Capital and National Governments* es una aproximación equilibrada y cautelosa a la globalización, y sus efectos directos sobre la elaboración de políticas nacionales en materia económica y de protección social. La autora aborda la interacción de gobiernos nacionales e inversionistas extranjeros con un modelo de intercambio de información (*signaling*), por la vía de las políticas públicas; un juego pleno de incertidumbre y asimetrías de información cuyo equilibrio determina las tasas de interés de la deuda na-

cional en el mercado internacional. El estudio incluye países industrializados y en desarrollo, así como las llamadas economías de frontera –de mínimo desarrollo–, y provee amplia evidencia del trato diferencial que reciben estos países en función de su reputación internacional y del rango de piezas de información –políticas públicas– en que se basa la decisión de invertir en los mercados internacionales. El argumento central del libro es que –en condiciones de incertidumbre y asimetría de información– el número de piezas informativas que reclama un inversionista para evaluar el riesgo país es inversamente proporcional a la confianza inicial que se tenga en dicha economía. De ello resulta, entonces, el grado y el rango –esferas de políticas– de autonomía de los gobiernos nacionales. En otras palabras, la percepción de incertidumbre de los inversionistas establece el rango de políticas públicas que influyen en la definición del riesgo país; de ahí la habilidad relativa de los gobiernos nacionales para implementar políticas de protección social sin ser castigados por el capital extranjero por medio de mayores tasas de interés. Desde el punto de vista del gobierno nacional, Mosley sugiere que cada política pública “bajo la lupa” de la inversión extranjera –que es una función de la reputación internacional de cada país y la calidad de la información que genera– imprime un costo definido a la heterodoxia fiscal de los gobiernos (desviaciones del *laissez-faire*). Entonces, lo que está en juego no es la autonomía nacional *per se*, sino su costo; y Mosley sugiere que el costo, mejor dicho, la decisión política de pagar esos costos es una función de la dinámica interna de cada país.

Cabe resaltar, en primer lugar, que el estudio de Mosley reivindica la idea de que las demandas sociales internas siguen desempeñando un papel fundamental en las decisiones gubernamentales. En segundo lugar, plantea la posibilidad de aumentar la autonomía nacional mediante la reputación y la transparencia, ya que los inversionistas actualizan sus demandas informativas continuamente, tratando de reducir costos de transacción. Por tanto, incrementar la confiabilidad de la información económica puede liberar esferas de políticas del foco de atención internacional, restableciendo así los márgenes de maniobra nacionales.

Este intuitivo modelo conduce a Mosley a conclusiones no del todo sorprendentes: los países industrializados gozan de mayor autonomía, y lo contrario sucede con economías en desarrollo o con antecedentes de heterodoxia fiscal y falta de credibilidad. La voluntad de pago por políticas heterodoxas de protección social, por supuesto, es también adversa a la autonomía nacional de los países en desarrollo, no sólo por su mayor dependencia del capital extranjero, sino también por la relativa desmovilización de sus grupos más vulnerables.

En mi opinión, el valor del trabajo de Mosley no reside en la elaboración de un modelo formal de intercambio de información o en la rigurosa comprobación estadística de sus hipótesis, si bien merecen reconocimiento. La contribución más genuina de este estudio es que se basa en entrevistas con inversionistas reales –no en inferencias hipotéticas– y tiene, como complemento, estudios de caso muy atentos a los procesos políticos internos que ratifican la capacidad explicativa del modelo y resaltan una aguda lectura de la importancia de la política en la toma de decisiones económicas.

Asimismo, en el marco del debate académico sobre los efectos de la globalización económica, *Global Capital and National Governments* ofrece un marco explicativo que permite conciliar los resultados de visiones opuestas sobre el tema: la hipótesis competitiva y la hipótesis compensatoria. La primera sugiere que la competencia internacional por atraer inversión extranjera directa obliga a los gobiernos nacionales a reducir la recaudación –y, con ello, su presencia y los servicios que presta– en forma extrema, a lo que la literatura especializada llama “*race to the bottom*”. Paradójicamente, al perseguir la supervivencia económica, los gobiernos nacionales se embarcan en una *profecía autocumplida* de índole suicida. La segunda hipótesis propone precisamente lo contrario: el incremento significativo de la vulnerabilidad nacional que acompaña a la integración global obliga a los gobiernos a responder a las crecientes demandas sociales con mecanismos de compensación (bienes y servicios públicos, protección social, etcétera).

El trabajo de Mosley arroja luz sobre la posibilidad de ambos escenarios, y nos explica cuándo, cómo y por qué vías afecta la globalización económica a los gobiernos nacionales, y, por ende, a quiénes afecta primordialmente. Asimismo, ofrece un interesante análisis de las opciones –exógenas a la globalización– que tienen los gobiernos para determinar el ritmo y los mecanismos de su integración al mercado global: instituciones, política monetaria, formas y estructuras de emisión de deuda, etc. Estas decisiones –que Mosley considera autónomas y, por tanto, estratégicas– pueden afectar el conjunto de *trade-offs* (o el balance de pros y contras) que un gobierno enfrenta al participar en el mercado global. La autora documenta ampliamente las variaciones atribuibles a su marco explicativo, y ofrece una lectura sugerente sobre las muchas –aunque complejas– posibilidades de autonomía nacional en un mundo globalizado.

En la mejor tradición de la economía política internacional, Mosley combina muchas virtudes de la subdisciplina y evita al mismo tiempo muchas de sus flaquezas: a saber, la abstracción excesiva de los modelos económicos, la caricaturización de la política y las generalizaciones ideológicas sobre la integración económica. No obstante, posiblemente por tratarse de una *opera prima*, el libro de Mosley sea un tanto disperso, y en ocasiones cai-

ga en una prosa redundante e insegura. La autora nos reitera una y otra vez los supuestos de su modelo y su relación con la evidencia encontrada, pero nos ofrece un tímido –acaso precavido– silencio sobre las implicaciones más generales de sus hallazgos tanto en la dimensión política como en propia agenda de investigación a la que contribuye. Mosley alude excesivamente a la literatura de autoridad que la precede, y a veces nos conduce por caminos inesperados. Tal es el caso de un capítulo histórico que corresponde, en mi opinión, a otro debate: ¿es la globalización un fenómeno sin precedentes?

CLAUDIA MALDONADO

BRUNO THÉRET, *Protection sociale et fédéralisme. L'Europe dans le miroir de l'Amérique du Nord*, PUM, Les Presses de l'Université de Montréal, 2002, 495 pp.

La obra de Bruno Théret, *Protection sociale et fédéralisme. L'Europe dans le miroir de l'Amérique du Nord*, interpela las lógicas sociales, políticas, económicas y territoriales de las diferentes ciencias sociales. Impresionado por el rigor y la amplitud de las referencias a las fuentes, el lector siente a la vez su propio saber implicado en estas páginas.

El título no da plena cuenta del contenido ni del enfoque del libro, el cual otorga a la trayectoria del federalismo canadiense una posición central. Describiendo dicha trayectoria como próxima a la de Estados Unidos en una primera fase (especialmente de los años veinte hasta la Segunda Guerra Mundial), Théret enseguida pone el acento sobre lo que la acerca, en materia de formación del Estado providencia, a la de los estados europeos, particularmente a la de Inglaterra, en una segunda fase, y así prueba la compatibilidad entre un Estado de bienestar y una dinámica federalista intergubernamental. Esta última descansaría, según el autor, en la negociación entre iguales por medio de conferencias federales provinciales. Este libro, a veces difícil por su cometido, es, desde nuestro punto de vista, una oda a Canadá, incluso si, como se dice en la conclusión, la identidad nacional canadiense no existe sino en función de la protección que ofrece el Estado. Y, sin embargo, el nombre de este país no aparece ni siquiera en el título.

El libro se desarrolla en torno a una intuición del autor: la construcción del federalismo canadiense por medio de un principio de valores, más que de poderes, otorga un lugar central a las políticas sociales, expe-